

Ana y Ángel permanecían sentados en las escaleras del monasterio, y, aunque el jardín que tenían al final de ellas los invitaba a pasear entre sus flores una vez más, ese día declinaron la propuesta. Su ánimo estaba lejos de poder apreciar aquellas fragancias, incluso a esa hora de la mañana, cuando exhalaban más frescas.

Según les habían comunicado sus maestros al terminar el desayuno, había llegado el momento para el que se habían preparado en las últimas semanas. A medianoche celebrarían el ritual para acoger un poder que era, según les decían, incommensurable, y que iban a utilizar para un fin que no podía ser más trascendente: cambiar el devenir del mundo para hacerlo más humano, equitativo y fraternal. Aunque desconocían la capacidad real de esa fuerza, eso no era relevante según sus mentores, sino la unión que había entre ellos, porque eso sería lo que les permitiría manejarla y darle una dirección adecuada.

Tan pronto recibieron la noticia fue evidente para ellos que sus vidas iban a sufrir un cambio irreversible, e inmediato. El día que tenían por delante se presentaba intenso, dedicado por completo a la preparación del ritual de entrega para, pocas horas después de llevarlo a cabo, con el primer rayo de sol, abandonar el monasterio e iniciar la misión. Así pues, ese era el último encuentro que tendrían con aquel recodo del monasterio en el que habían pasado tantos buenos momentos.

A pesar de esa circunstancia, los dos hermanos permanecían inmóviles en las escaleras, al amparo de un silencio que les resultaba difícil de definir. Ángel escudriñaba el horizonte, con una mirada tan perdida como consciente, con la que trataba de mantener en su interior la fuerza y la intención que le habían transmitido sus maestros; sin embargo, el paso del tiempo hacía mella en Ana, cuyo semblante se ensombrecía hasta hacer visible una aflicción que no pudo ni quiso contener. No era miedo, ni

incertidumbre lo que expresaban las lágrimas que surcaron sus mejillas, sino tristeza.

Ángel notó esa desdicha incluso antes de girar la cabeza para observarla, y le preguntó con suavidad:

—¿Qué te hace llorar?

Ana miró al jardín y tardó unos segundos en responder.

—Sé que la misión que vamos a emprender, y para la que nos hemos preparado estos meses es, en verdad, loable, pero en estos momentos no puedo dejar de pensar en otros aspectos que me entristecen. —Ana apenas era capaz de guardar la compostura.

Ángel apreció ese intento de su hermana por hacerse entender.

—¿Como cuáles?

Su hermana le devolvió la mirada, y su expresión se desencajó un poco más al contestar.

—Nosotros.

Ángel no dijo nada, y esperó.

—Todo lo que hemos vivido hasta ahora va a desaparecer. Dejaremos atrás una existencia que nos colmaba, en la que éramos felices, y, con nosotros, los monjes y las personas que nos rodean. A partir de mañana, nada será como hemos conocido. A decir verdad, se podría decir que ni siquiera lo es ahora; es, ya, una pérdida irreparable. —Las lágrimas volvieron a aflorar, y el tono de su voz se oscureció—. Y no solo lloro por nosotros, también por todas las personas a las que vamos a defender, por aquellos que han tratado de cultivar el amor y la armonía que aquí hemos disfrutado con tanta generosidad, y a las que les han cercenado cualquier posibilidad de conseguirlo, porque este mundo se ha convertido en un lugar en el que el amor, la fraternidad y la concordia no han podido ir más allá de un espejismo, como el que hemos vivido aquí.

A medida que desgranaba los matices de su reflexión se abrazaba cada vez más a sus rodillas, acurrucándose como una niña pequeña en busca de protección.

—Y me duele saber que esto es causado por personas, gente como nosotros que ha escogido para su alma un camino de sordidez y podredumbre con la que han corrompido la realidad hasta este punto sin retorno. —Sus siguientes palabras expresaron un padecimiento aún mayor—: Además, vamos a enfrentarnos a ellos con sus mismas armas. Porque es el inmenso dolor que han creado el que nos dará fuerza, un dolor nacido de cada ser humano, de sus limitaciones, de sus angustias, de su desesperación. Eso es lo que nos va a alimentar. Nuestro ariete va a ser el fruto de su maldad. Y es muy posible que acabemos por utilizar contra ellos la misma violencia con la que han devastado a sus semejantes.

Su anterior tensión corporal se desvaneció, dejó de sostener sus piernas que se estiraron en un acto reflejo. Sin embargo, su ánimo había mutado hacia un gran vacío carente de alivio.

Ángel aprovechó la pausa tras esas palabras para abrazarla. Fue un abrazo callado, sin tiempo, exento de explicaciones ni enmiendas, y cuyo único objetivo era consolar a su hermana. Una vez percibió más calmada la respiración de Ana, al igual que los latidos de su corazón, se separó un poco y tomó la palabra.

—Ya sabes que este no es el ánimo que nos mueve.

Aunque era un argumento muy simple, Ana comprendió la intención de su hermano, y el tono de sus palabras trató de equipararse en dulzura a las suyas.

—Sabemos cuáles van a ser nuestros primeros pasos, pero no los siguientes. No tenemos ninguna certeza de qué va a suceder más allá de los próximos días, una semana como mucho; lo que ocurra a partir de entonces es incierto, tanto el resultado final de la misión como nuestro destino.

Ana guardó silencio. Ángel, que había acogido la congoja de su hermana desde el fondo de su corazón, tomó la palabra y con su respuesta tan solo quiso compartir con Ana la misma apertura que le había mostrado, ahora desde su perspectiva. Se expresó con sencillez y convicción.

—Lo que dices es verdad. Y también lo es que, sea de la forma que sea, tenemos la oportunidad de cambiar el curso de la humanidad y proveer de un destino mucho más justo y digno a todos sus habitantes. Está en nuestras manos la posibilidad de aportar luz a esta oscuridad que envuelve a tanta gente, y no veo otra manera más significativa, y útil, de amarles, ni cometido más elevado que podamos emprender. Y sé que voy a entregarme a ello con todo el amor y la fuerza de mi alma.

Sin perder un ápice de vigor, su tono se tiñó de una evidente ternura.

—Un amor que se ha nutrido durante todos estos años de tu estima, de la benevolencia de los monjes, y de la bondad de tantas y tantas personas que hemos conocido más allá de estos muros. Esto que dices que ya hemos perdido, y que no tiene cabida en este mundo, es lo que me anima.

Ana sonrió, y enjugó sus lágrimas. Esa franqueza sencilla, tan alejada de sus reflexiones, algunas veces dolorosas, en lugar de desconcertarla, la proveía de paz. Porque reconocía en las palabras de su hermano una verdad tan real como la intuición y la sensibilidad en la que ella se apoyaba. Era una verdad diferente a la suya, pero en la que se podía amparar, y con la cual se veía capaz de afrontar cualquier futuro que tuvieran por delante, incluso el que esa misma noche los iba a conducir a un camino sin retorno, tan crucial para la humanidad como inescrutable.